

Reivindicación del Humanismo

Por Campio CARPIO. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

Enseñanzas de la Revolución

LA desaparición del feudalismo, así como la proclamación de los derechos del hombre y la instauración del sufragio universal, pareció ser hace poco más de un siglo, la aurora de una nueva civilización, más humana, justa y equitativa en sus modalidades y hasta en su misma esencia. El mundo ha saludado con alborozo estos acontecimientos portadores de un rayo de luz que despertaba las conciencias adormecidas por diez siglos de plebeyismo. Se tenía entonces la impresión del derrumbe fulminante de un sistema milenario que fenecía, con su esclavitud y servidumbre. Asistía entonces la humanidad a un renacimiento en las ciencias, artes y letras aspirando a convertir al hombre en centro del universo. Al calor de estos hechos un orden nuevo se gestaba y las mismas clases menesterosas, víctimas del poder terreno, hallaron en este albor de la historia un lugar dentro del mundo moral, cuyos horizontes extendíanse a través de las fronteras.

Libertad, igualdad y fraternidad, tal la divisa de la revolución. Y estas palabras sonaron en los oídos de la humana persona con acentos que aún escuchamos, y de ellas generaciones y generaciones se formaron con propia personalidad. El acontecimiento, grandioso en todas sus fases y manifestaciones, tuvo la gran virtud de llenar en la historia del mundo una laguna inmensa y ha sido fuente que manó a raudales para llegar a nosotros en toda su pureza hasta dar cuerpo a concepciones e ideas en las que bebemos los hombres de nuestro siglo turbulento. Ha sido al calor de estas ideas que numerosos pueblos convirtiéronse en entidades propias,

formaron su independencia y abrieron en el surco de la civilización rutas hasta entonces desconocidas al entendimiento. Y merced a este hecho grandioso se ha labrado la prosperidad de sectores y agrupaciones sociales con rasgos propios. De allí venimos nosotros, en nuestro temprano florecer, y chamuscados por los resplandores de la revolución. Si estos destellos nos faltaran, si abandonáramos esta ruta que la revolución nos ha trazado, estaríamos propicios a la desaparición de entidades sobre la tierra.

Una revolución, afirma un reputado sociólogo, no es el asalto a mano armada. No es, tampoco el asesinato organizado, ni siquiera la destrucción sistemática de seres y cosas sino de aquellas que entorpecen el curso del progreso como elementos de desorden, es un vuelco de principios y de sistemas que deben tender a la emancipación, a la capacitación y a la superación del hombre sobre todas las dificultades que sistemas le imponen. Una revolución es lo que trastoca todo aquello cuando impide la marcha evolutiva del entendimiento entre el hombre y los elementos que le circundan; que impide la guerra y hace causa suya la paz mediante el trabajo, el esfuerzo laborioso; que aniquila los viejos sistemas de esclavitud e integra al ser humano su máximo de personalidad. En síntesis, la restitución de la responsabilidad, guía de todas las agrupaciones sociales que por una ley natural deben desenvolverse en comunidad si no desean perecer. La Revolución ha de tender siempre hacia la libertad, concepto que no halla límites en especulaciones filosóficas, en preceptos ni en sistemas. Revolución que no tienda a este fin, podrá tener todos los objetivos que quieran atribuírsele, pero carecerá de base y, por consiguiente, degenerará en revuelta, más no pasará de ahí. Pero tampoco una revolución podrá intentarse de la noche a la mañana. Una revolución es fruto de años y a veces de siglos. Por eso, la revolución que los enciclopedistas inician hace siglo y medio, aún es norte para nuestros pueblos, aún son nuevas sus enseñanzas a las que nuestro mundo social se remite en procura de luces que permitan iluminar el tortuoso camino porque la humanidad se conduce.

El ideal superior al hombre.

El hombre vale sólo por el ideal que sustenta. Un ideal está siempre muy por encima del hombre que nace, crece y muere. El ideal permanece, se agranda y ensancha. Es una consecuencia de nuestra misma perfección incesante, arte idealizado y espíritu en personificación. A este ideal

pertenece la humanidad de la que forman parte los buenos y los malos. Y un ideal tampoco puede sostenerse mediante el terror, última fase de su existencia, que trae infaliblemente aparejado su derrumbe fulminante. Ninguna agrupación podrá sostenerse mediante el temor de perecer en tiempo definido. Tampoco podrá trocarse en centro de evolución y mucho menos arrastrar consigo nuevos satélites que secunden su labor y procedimientos. Un principio de existencia le impide destruirse a sí mismo. La ley de conservación de la especie ejerce presión sobre su estado psíquico y de aquí se traduce que a la larga, el ente social tiende generalmente hacia la luz, hacia la libertad, valor moral inapreciable para el hombre.

Así lo han comprendido filósofos de la antigüedad, donde la esclavitud fué rémora a la evolución de pueblos que luego quedaron sepultados con sus propias imperfecciones e iniquidades. En el orden espiritual, apreciamos cómo han podido exponerse los caracteres fundamentales de la teocracia en Africa y Asia, que se vió aplastada por movimientos liberadores, en contraposición con el avance de la cultura elaborada a orillas del Mediterráneo que tuvo por cuna a Grecia y Roma, en base a cuyos ejemplos lograron sobreponerse a los inconvenientes que siglos y procederes anteriores le dejaran en herencia; y esto se ha evidenciado ya en épocas más remotas al crear corrientes que más tarde habrían de destruirse por ser consideradas impropias al estado social, o para constituir los cimientos y aspiraciones que contemplarán con más amplitud las necesidades morales de los pueblos. Ahora también en este juicio, el ejemplo de la edad media con la fundación y expansión del catolicismo, la invasión de la barbarie germana, la vida monástica, la justicia del régimen feudal que tuvieron su contraposición en el renacimiento, para abarcar luego la gran renovación operada en la sabiduría, en la política instaurada con el advenimiento de las nacionalidades occidentales donde cada pueblo trocose en colectividad de costumbres y formó la ligazón que habría de conducirles a su propia independencia. Después, los grandes descubrimientos y el desarrollo industrial, para llegar a los progresos iniciados en el siglo XV, proseguidos hasta nuestros días, dieron la pauta al hombre moderno que nada se crea en esclavitud; todo es producto de la libertad.

Las autocracias primitivas, como las de Egipto e Israel, que dieron bases a la civilización comenzada en Grecia para extenderse sobre el orbe, son elementos de juicio para figurarse un cúmulo de ideas e iniciativas que debieron suceder en el transcurso de épocas y hasta edades, pero que no serían posibles si no gozaran de un mínimo de libertad. Los pueblos

sometidos a esclavitud viven aterrorizados a través de generaciones; hállese incapacitados para toda acción individual mediante el temor que controla todos sus actos y frena sus ímpetus de ver más allá, de querer ser, de discurrir, de escudriñar, en las cosas, el tiempo y el espacio. Por el contrario, el hombre en libertad acciona por impulso propio, seguirá el rumbo que su destino le trace, a tropezones, pero su horizonte es ilimitado. Caerá aquí, se levantará luego y proseguirá su ruta; empleará sus energías inútilmente en procura de lo desconocido, en el afán de robar secretos a la naturaleza para ofrecérselos al hombre, habitante de la tierra, más luchará y al fin ha de hallar una muerte tranquila.

Génesis del pacifismo.

La actividad dominante en Grecia fué esencialmente intelectual, pero no puede decirse lo mismo de otras naciones. El pueblo helénico jamás ha sentido afición por las empresas bélicas; rechazó heroicamente a la que lo arrastraron los persas y aceptó la contienda porque luchaba por su propia libertad, en opinión de uno de sus más reputados historiadores. La contienda troyana no pasa de ser una leyenda explotada por literatos y poetas. Este pueblo se vió agitado ciertamente, por autarquías y convulsiones intestinas que no fueron óbice para desviarlo del trabajo mental a que se había contraído en la zona continental ateniense y en las islas del archipiélago, cuya repercusión sin igual en el arte, en las ciencias y la filosofía exteriorizó en una forma sin precedentes hasta entonces en todo el mundo civilizado. Y esto constituye una excepción en la vida cultural de las agrupaciones humanas.

Un examen de aquella creación evoca los caracteres más representativos en el orden de la cultura, caudal inmenso de conocimientos y creaciones estéticas, de especulaciones filosóficas en procura de la verdad y de teorías establecidas sobre el origen de ciertos fenómenos naturales. Continuadora de esta civilización está en lugar inmediato la labor del pueblo latino, influenciado por el pensamiento ético durante los primeros años del imperio, y que se destruye a sí mismo y aniquila los restos de aquella civilización al pretender la conquista de la Hélade una vez echado en los brazos de la dictadura, para eludir el problema de la esclavitud, con lo que mata las mejores energías creadoras. Grecia ha salvado sus luchas intestinas en los últimos años de su florecimiento, pero armando el brazo del macedón cae a su vez en la servidumbre. Y la inferioridad del pueblo helénico fué acentuándose a tal punto que más tarde es fulminado por la corrup-

ción, para culminar en la disolución de dos sistemas de convivencia, a la vez que la civilización grecorromana se derrumba y es triturada en las garras del vandalismo militarista, debido precisamente a una inconsecuencia de principios.

El barbarismo que la autocracia desencadenó sobre este pueblo y siguió a estos acontecimientos, ha completado la disolución de aquella obra magnífica provocando la muerte de una civilización que iluminó siglos de cultura. Pero aquella grandiosidad ha sido posible únicamente merced al esfuerzo individual de algunas mentalidades que se vieron empujadas a buscar campo propicio al cultivo de sus ideas, arrancadas del alma popular, y no de los detentadores del poder que contra la voluntad de la mayoría se han erigido en principio autoritario.

El pueblo helénico ha sido grande cuando era libre, pero de todos modos el hombre está naciendo; es sumamente joven sobre la tierra. La humanidad apenas ha dado comienzo a la primera etapa de su historia. El camino que recorre es azaroso, más su pesada carga que lleva a espaldas va formando los pilares sobre los que tiende a reposar el porvenir de su libertad. La dictadura ha sido una maldición sobre la dignidad del hombre porque coarta la libre expresión de sus sentimientos. Y si estos fenómenos para el sociólogo tienen un valor de estudio, el resultado conduce implícitamente a que el sacrificio que la civilización exige de sus artífices, amasados en el dolor, tiende a fortalecer su carácter y la convicción indiscutible que lo humano es ente de paz, si dueño de una propia personalidad, porque es en la paz donde el porvenir tiene su asiento, y no en la guerra ni en la tiranía, que aniquila, mata y despedaza.

Restauración de lo humano.

Habla el Maestro: "Todo lo que el universo puede ofrecer respecto de sacrificios en un año, todo lo que cada hombre puede inmolar con mira interesada, no vale la cuarta parte del respeto religioso a la virtud profesada por un hombre. El que de nada se espanta, es independiente de todos. El que es libre de cuidados y de negocios, ignora qué es deseo y alcanza la perfecta quietud. El que es dueño de sí mismo, tiene el corazón, la palabra y el cuerpo sin mancha. El hombre pobre, veraz, piadoso, exento de deseos; el que, por inocente que sea, soporta los golpes, las injurias, los hierros, fuerte por su paciencia y su dulzura; el que no pega a un animal débil ni a un fuerte y no permite que se le pegue; el que no resiste ni envidia nada; que tiene la palabra dulce, verdadera, instructiva y no re-

curre jamás al insulto; el que renuncia a todo espíritu de propiedad, ese es el hombre que el budismo busca”.

Y truena el inmortal Isaías desde la profunda caverna de los años: “¿Qué tengo yo que ver con la multitud de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos, de corderos y de grasa de los becerros. No me place la sangre de los toros, de las ovejas ni de los carneros. Cuando os presentáis delante de mí, ¿quién os manda manchar el pavimento? Cesad de traerme vanas ofrendas. Aborrezco el incienso, las lunas nuevas, los sábados, las asambleas. No puedo ver el crimen sentarse en las solemnidades. Mi alma odia vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas me son pesadas. Estoy cansado de soportarlas. Cuando extendéis la mano, separo mis ojos de vosotros. Cuando multiplicáis vuestras plegarias, no os escucho. Vuestros manos están llenas de sangre. Lavaos. Purificaos. Quitad delante de mis ojos la malicia de vuestras acciones. Cesad de hacer el mal. Aprended a hacer el bien: buscad la justicia. Proteged al oprimido. Haced el derecho al huérfano. Defended la viuda”, canta el poeta hebreo.

Y rompe con el patriotismo judaico para llamar a todos los pueblos hacia una comunión de bienestar: “Venid a las aguas todos los sedientos, hasta el que no tenga dinero. Venid, comprad y comed. Venid a comprar leche y vino, sin dinero, sin pagar nada. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta? ¿Por qué trabajáis para lo que no harta? Esuchadme y comeréis lo que es bueno, y vuestra alma se deleitará con manjares suculentos. Escuchad y venid a mí; escuchad y vuestra alma vivirá. Pacto con vosotros eterna alianza. Los que hayan amasado el trigo lo comerán. Los que hayan cosechado el vino, lo beberán. En las paredes de mi santuario construirán casas y las habitarán. Plantarán viñas y comerán su fruto. No trabajarán en vano ni tendrán hijos para verlos perecer”.

Triunfo supremo de lo humano.

Diseña Lucas la más perfecta sociedad. “La multitud de los que habían creído, no tenían más que un corazón y una alma. Ninguno era propietario de sus bienes, sino que todo era de todos. Y una gracia reposaba sobre todos, porque no había entre ellos ningún indigente. Todos los que tenían campos o casas las vendían, aportaban el precio de la venta y lo depositaban a los pies de los apóstoles, haciendo después distribuciones a cada uno según sus necesidades. Toda la justicia en que no es móvil la piedad, no es justicia” Esta sociedad de perfección hizo arrancar en entusias-

mo a nuestro Cervantes todo un poema: “Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío; eran en aquella santa edad todas las cosas comunes”.

Saint Lambert habla al corazón de los hombres: “Tomad la costumbre de hacer y decir lo que pueda unir a los hombres entre sí. Haced amar, para que se ame en vuestra boca la justicia y la verdad, porque tendréis un enemigo en tanto no hayáis perdonado. Redoblad vuestras atenciones a quien habéis obligado y vuestro amor hacia el que os obliga. Servid al hombre a quien no podéis amar”. He aquí versículos de su catecismo cívico de una moral suprema traducida en deber a la que Kant dedica este himno que resuena en los oídos del tiempo: “Deber, pensamiento maravilloso que no obras por la insinuación, ni por adulación, ni por amenaza, sino contentándote con prestarte al alma con tu austera sencillez, mandas, no el respeto, sino la obediencia; delante de tí todos los apetitos se callan en secretos, por rebeldes que sean, ¿cuál es tu origen?”

Ideal de paz que alcanza el más alto grado de lo sublime en esta confesión: “Yo no he robado, no he engañado, no he blasfemado. No cometí injusticias ni fraude contra los hombres. No atormenté a viudas, ni hice ejecutar a los trabajadores más trabajo que el que podía hacerse. No incité a la perturbación. No hice llorar a nadie. No fui perezoso ni negligente. No me he embriagado ni dado órdenes injustas. No tuve una curiosidad indiscreta ni soltado mi lengua a la charlatanería. No he pegado a nadie. No maté ni ordené el asesinato a traición. A nadie acusé temor. De nadie he murmurado. Mi corazón no he roído de envidia. No intenté falsas acusaciones”. Tal es la respuesta a los cuarenta y dos jueces infernales, según un ritual fúnebre de tres mil años antes de nuestra era que el budismo heredó y que Purna recoge como estandarte de su cruzada cuando sintiera la necesidad de ir a propagar la nueva moral a un país bárbaro.

“Los hombres de esa región, donde quieres fijar tu residencia, son impulsivos, coléricos, furiosos, crueles, insolentes. ¿Si te oponen palabras malas y groseras, si se encolerizan contra tí, qué pensarás? —pregunta el maestro. Si oponen palabras insolentes y groseras— responde el discípulo —pensaré que, ciertamente, son hombres buenos esos hombres, porque no me pegan con sus manos ni me apedrean. ¿Y si te pe-

gan con sus manos y te apedrean? Pensaré que son hombres buenos, hombres dulces que me pegan con sus manos y me apedrean, pero no me pegan con palo ni con espada. ¿Y si te pegan con palo y con espada? —asalta la pregunta nuevamente. Son hombres buenos, dulces, que me pegan con palo y con espada, pero no me privan completamente de la vida —responde el discípulo. ¿Y si te privan completamente de la vida? Son hombres buenos, hombres dulces, que me privan de la vida con tan poco dolor de este cuerpo mancillado. ¡Ve, pues, Purna! Puedes habitar en los países de los bárbaros —dice el Maestro—. Purna libertado, liberta. Consolado consuela. Llegado al Nirvana, haz llegar a él a los a los hombres”. Y el Maestro medita sobre su doctrina, se hace su acto de contrición para luego responderse a sí mismo: “Mi ley es una ley de gracia para todos. Muchos son los llamados, pero muy pocos los escogidos. Sabio es el que no ve diferencia entre el cuerpo de un príncipe y el de un esclavo. Lo esencial en este mundo es lo que no puede hallarse en un cuerpo vil: la virtud, que los sabios deben saludar y honrar. Lo mismo que el príncipe, el bracman no es superior a los otros hombres, porque no hay entre un bracman y otro hombre la diferencia que existe entre la piedra y el oro, entre las tinieblas y la luz”.

Tal la voz de los siglos que arranca de la profunda noche perdida en la noción del tiempo para golpear insistentemente en el corazón rocoso del hombre, donde la lucha entre su semejante, parece tener una razón de causalidad y una relación directa con su destino, al que consagra todas sus virtudes. El agrio sabor de la antigüedad fué endulzándose a través de los años, adquirió formas, dibujóse en perfección una vez abandonado el prejuicio de confiar a fuerzas ajenas a su medio circundante el porvenir de su misma existencia para rociar de enternecimiento el alma y la esencia misma de lo humano. Más, aparece el tiempo con sus remansos, con sus correntadas profundas y sus calmas, y en este ir y venir, en estas inquietudes semejantes a fenómenos sísmicos, ora el concepto avanza o retrocede. El hombre permanece ajeno a su función de elemento sobre la tierra, instrumento de paz y eje moralizador. De pronto, surge con negra túnica en la edad media para, en seguida, demostrar a la faz del mundo todo su ingenio en el Renacimiento, dando impulso a las artes y a las ciencias, convirtiéndose en guía y vigía de nuestros azares y tristezas, como elevando su figura a categorías de excelsitud. Aparece luego dotado de sensibilidad, enternecido de humanismo que al poco se derrumba estrepitosamente para sumirse en la indiferencia y la codicia que ensangrienta veinte siglos de horror cristiano. Edad dorada al parecer

perdida para siempre, abriendo el camino a otra edad animalizada, toda vientre y muslos.

Reivindicación del hombre.

El hombre es nuevo sobre la tierra. Estamos al comienzo del mundo, un mundo imperfecto como consecuencia de la imperfección humana. Nada es perfecto en nuestro pensar a no ser en belleza. Tampoco el humano espíritu lo es justamente por esta misma razón. Pero de ahí a rechazar la perfección misma, hay una gran distancia. La humana persona no es mejor ni peor que en épocas lejanas, más tiende a ser mejor de lo que ha sido y es en realidad. Es cierto que la historia del hombre sobre la tierra está ahogada en ríos de sangre que debe vadear para no ahogarse. De horcas y patíbulos, de cárceles y cementerios está cargada la tierra. Desde tiempos inmemoriales, tal ha sido su destino infausto: retorcerse en estertores de agonía lenta, más persistente, no acertando a encontrar el camino de su felicidad. La libertad que debiera descansar en nosotros mismos, aparece en todas las épocas teñida de sangre. Y por mucho que repugne, aún así es objeto de codicia. La apreciamos recién cuando de ella se nos priva. Saboreamos la delicia de sus dulzuras cuando yacemos sumidos en las mazmorras de la tiranía. El hombre nace, crece y muere, convive con nosotros y sin ningún respeto, sin atenuantes, le sumimos en la cárcel cuando no sube por sus propios medios las gradas del patíbulo o le otorgamos el derecho de buscar en el cementerio el tribunal que juzgará sus actitudes. Nuestra bendita civilización no ha encontrado la fórmula exacta de rescatar al hombre, de reintegrarlo a su medio moral, de corregir sus imperfecciones, de conducirlo, llevado de la mano, hacia su verdadero destino. No ha acertado nuestra humanidad a salir al encuentro de su semejante, de tenderle su mano amiga. El réprobo, igual que en tiempos bíblicos, ha de purgar sus propios pecados, ha de hacer la guerra cuando los intereses del poderoso están en peligro; se convertirá en asesino porque la ley lo dispone y borbotones de sangre le saldrán con asco de su boca creada para pronunciar palabras de paz. Y se asoman entonces a flor de labios los versos del Maestro que generaciones posteriores olvidan, o rechazan de plano cual ideas anticuadas no en concordancia con nuestro progreso. Cien heridas se cicatrizan cuando, mediante procedimientos civilizados, en perfección constante, nuevas arterias se abren en el cuerpo social. Un momento de calma aletarga el ambiente como para crear nuevas energías, cuando de pronto la tierra

se estremece convulsionada, no por obra de fenómenos desconocidos, que al fin ofrecerían al hombre motivos de estudio para escudriñar secretos, sino por obra del mismo hombre, mismo que aspira a destrozarse, en afán de codicia incontenible, avariento de apoderarse de toda la tierra, levantar su propio monumento sobre millones de cráneos destrozados y de allí dictar órdenes de gran dios, señor de la tierra, ya que no podría alcanzar a serlo de los cielos. ¿Pero es que, eternamente está el ser humano destinado a vivir, a vegetar entre este mar de sangre? ¿Es que la historia no ofrece ejemplos harto elocuentes de cuál es su obra en este pequeño recorrido que media desde el nacimiento de la tierra hasta nuestros días de tinieblas? ¿No está nuestro suelo suficientemente regado con sangre como para continuar haciendo honor a doctrinas que tienen su origen en la barbarie, como para ser motivo de acatarlas al pie de la letra y continuar cultivándolas en una destrucción sistemática, colectivamente organizada y bendecida por todos los dioses terrestres y celestes? ¿Es el hombre en realidad tan pequeño, tan minúsculo que no perciba en tales actos la raíz misma de su destrucción, o demasiado grande que no hay para él ya cabida en la tierra, y entonces necesita sobreponerse a toda corriente moral para adquirir en esta lucha la fuerza necesaria que le permita en tiempos aún lejanos disputarse la vida de seres que pudieran habitar otro planeta? ¿O es, por el contrario, un producto híbrido o adulterado de la naturaleza, sin freno, semejante a un huracán que, por falta de control, tiene el derecho de arrasarlo con todo lo creado por sus semejantes en un ímpetu de triunfo incontenible al que todas las atrocidades le están permitidas, en virtud del estado anormal de sus facultades, de su carencia de raciocinio? ¿O, por el contrario, es humanamente bueno, humano, hasta lo sublime y se deja arrastrar a este caos en que vivimos, hundido hasta el cuello en el fango de nuestras iniquidades, respondiendo inconscientemente al llamado de épocas ancestrales, resabios de algo que lleva en su propia sangre y de los que no ha podido resarcirse como consecuencia de su misma imperfección en esta primavera de su existencia?

Misión del hombre sobre la tierra.

No ha cumplido el hombre su misión sobre la tierra que habita. Su misma juventud no le ha permitido hacerse un juicio, trazar una ruta y proseguirla hasta el fin. Por algo es joven en existencia, y es así que se observan dentro de su vida, de su razón de vivir, arrebatos coléricos de querer modelar el mundo y sus cosas a su semejanza. Una reputada

autoridad en Sociología afirma que el hombre es ente de paz, es herramienta dúctil e instrumento de porvenir. Que el hombre es bueno: Confiemos en esta ilusión. Su constitución física no se presta a otras actividades que a las del trabajo creador. Su ingenio, abandonados por nocivos los prejuicios que pesan sobre su alma atormentada, es laboratorio de concordia. Su lugar, por una razón fundamental, reside en la convivencia en sociedad entre sus semejantes. Si pretende escapar a esta regla, indefectiblemente está condenado a perecer. Cultivemos su ingenio; hagamos que beba en las fuentes de la sabiduría y de tigre que parecía ser, trocaráse en manso cordero. Carece de garras como para confiar su existencia a la caza. Y del mismo modo que abandonó el hábito de comer carne cruda olvidará sus impulsos. Será hermano, si toma por norte que sus actividades están aquí, entre todos nosotros, en esta sociedad si imperfecta, donde hay campo abierto a todos los horizontes en vías de perfección. Es en la libertad donde su espíritu encontrará la verdadera razón de existir, entre el dolor y la alegría. Unos cuantos siglos de historia nos trazan el camino de la redención, que otro hasta hoy no conocemos. Nuestra misión está aquí, en la tierra, entre los hombres y no en mundos imaginarios. Todo lo creado es obra del hombre. Y toda creación deviene de la paz, no de la guerra. La guerra destruye, mata. La paz, por en contrario, a todos nos llama y nos ofrece todas las posibilidades de superación, de grandeza que el humano espíritu pueda imaginar. Paz y libertad son sinónimos idénticos a humanitarismo y solidaridad, ayuda mutua, recíproca. La guerra es el asesinato de los pueblos y tiempo llegará en que el humano se sentirá sonrojado de haber sido componente de una sociedad donde los hombres se mataban por cuestiones que no eran de su competencia, por causas que no habían provocado, por motivos que desconocían. Todo cuanto vemos, palpamos y observamos es obra de la paz. En todo esto los hombres han puesto su mano humilde, símbolo de la verdadera civilización. Generaciones y generaciones dejaron aquí su huella, y, una vez desaparecidas para darnos cabida, nos dejaron en herencia a más de toda esta grandiosidad que percibimos, la sabiduría y los elementos morales de que hacemos uso. Nada hemos pagado por ello. Tampoco se nos ha presentado factura, pero sí se nos ha impuesto la condición de preservar este tesoro inapreciable y aportar nuestro grano de arena para la prosecución del progreso incesante que los hombres generan en la paz.

Por sobre todo, la libertad.

Por la paz y la libertad, gime desde su nacimiento la humana desventura. A ellas confía también su porvenir. El arte, la moral que es arte sublimado, el saber y el ansia insatisfecha de poder abrir nuevas rutas a nuestro entendimiento, de auscultar nuevos secretos en este hemisferio desconocido aun para el ser humano, no surge de prisiones. El afán incontenible de escudriñar dentro de los fenómenos cerrados a nuestro entendimiento, no encuentra centro de expansión en la tiranía. El hombre jamás ha sido grande que cuando vivió en libertad, término que dentro de nuestro mundo ha perdido su carácter abstracto para trocarse en concepto de realización, si bien su medio no tiene límites. La libertad incita al hombre y forma parte de su propia existencia. Y es en nombre de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad entre todos los hombres que volvemos la mirada a aquel ciclo revolucionario que los enciclopedistas hicieron brotar de sus pechos como fuente inagotable donde el mundo pudo saborear la dulzura de una esperanza nueva. Es de allí de donde recibimos enseñanzas que el humano hasta desconocía. Fué la revolución la que, cargada de humanismo, sentó las bases del humanitarismo para que el hombre completara una fase de su obra en el curso histórico de su destino, y dió forma a especulaciones que en el curso de los años habrían de significar dentro de nuestro censo moral la aparición de un sentimiento idealizado con tendencia a un entrelazamiento, a una armonía, a un entendimiento entre los humanos. De allí venimos todos nosotros a tropezones y a esta herencia no podemos renunciar, porque desaparecida entonces la savia vivificante que tal acontecimiento ha tenido de creador, indefectiblemente nosotros desapareceríamos de la faz terrestre, como elemento moral, como centro en cuya órbita el universo gira. Si de esto abjuramos, estaremos irremisiblemente perdidos.

Convirtamos el vivir en ideal.

La tierra tiembla. Mueren los hombres, se despedazan y una angustia grande invade nuestros corazones. ¿Qué será de nuestro porvenir?, "sólo lo saben los dioses". Pero, por encima de esta lucha cruenta, por encima de las pasiones desencadenadas, por sobre tanto egoísmo insatisfecho, que cada hombre convierta el vivir en ideal. Con ser infinitamente dolorosa esta tragedia, no puede ser eterna. Tendrá su fin, como fin todo tiene en la vida. Y ahora que el desastre parece no tener solución, hagamos una

voluntad firme, una convicción inamovible de que esto no podrá repetirse, de que aquí tendrá que terminar el exterminio del hombre. Nadie puede aventurarse a predecir qué quedará después de este fenómeno que reviste todas las características de un resquebrajamiento de la tierra, donde poblaciones inmensas se precipitan y fuerzas geológicas sacuden el universo con miras a una modificación de su estructura. Este cataclismo amenaza con retrotraer nuestra civilización, o lo que de ella queda en pie, al estado de barbarie. Y si el hombre, o parte de su personalidad, se salva, aun nos quedará este caudal inmenso que ha rescatado después de todas las guerras y que luego del desastre ha venido llenando la historia con el fruto de su vientre y con los nuevos retoños ha tratado siempre y en todas las épocas de hacer la vida más dulce, de imprimirle la ternura de que sólo su corazón dispone. Después del ocaso, de la crisis agobiante, la madre mártir aparece siempre responsable de su misión. A ella, que logró sortear todas las dificultades que la tiranía y la guerra interpusieron en la acción de lo humano, le corresponde el honor, tristemente ingrato en verdad, de poner su alma amorosa, su mano floreciente en caricias, su gran dosis de ternura sobre la desventura de nuestros tiempos maldecidos. Pero jamás deberá amamantar hijos para ser inmolados a la dictadura, a la tiranía, a la guerra, y sí para hacer revivir en ellos el sueño de la edad dorada, de la libertad.